y que está destinado á un mundo mas dichoso. Sé que está en las manos de Dios, en la muerte como en la vida; yo no puedo creer que *el progreso de una alma inmortal esté limitado á esta Tierra.* No, la muerte no rompe los lazos que unen al padre y al hijo. Cuando pienso en este pequeñuelo querido, en su belleza, en su dulzura, en la ternura que despertaba en nosotros, en el alma que Dios le habia dado y que comenzaba á manifestarse, no puedo dudar de que Dios deje de tenerlo en su guarda." [1]

¡Qué oposicion entre Channing y Hegel! No tenemos necesidad de expresar á cual de los dos damos la preferencia.

Strauss es, quizá, quien de los discípulos de Hegel, ha combatido mas encarnizadamente el dogma de la inmortalidad. Así, pues, hemos escogido este pensador para analizar sus argumentos y refutarlos. Será en su *Dogmática* donde escogerémos.

Strauss dirige, desde luego, el reproche á la filosofía anterior de buscar en lo exterior en una vida futura absolutamente imaginaria, el infinito que se encuentra en el Espíritu humano. Comienza por demostrar que es ridículo sostener que, si con la muerte todo estaba concluido, querria vivir mejor como el bruto en la Tierra. Trata de hacer comprender el valor intrínseco de una vida racional; despues se desata contra la palabrería necia y sentimental de aquellos que no hablan mas que de hallar en el otro mundo á sus hijos, su mujer, sus parientes y sus amigos.

[1] Channing, su vida y sus obras, Paris 1857. in 8,° p. 81.

Despues de haber trazado en algunos rasgos la historia de la idea de la inmortalidad en la filosofía moderna, Strauss, pasa á la historia detallada y, sobre todo, á la crítica de las pruebas que se presentan de ordinario en favor de la inmortalidad. Vamos á seguirlo en este exámen.

"La prueba sacada de la remuneracion, aquella á la cual la escuela de Wolf ha dado mayor importancia, puede ser formulada así:

"Supuesto que á menudo el hombre de bien es desgraciado en este mundo, y que el malvado queda ordinariamente impune, es necesario que haya otro mundo en el cual reciban el uno la recompensa y el otro el castigo que merecen.

"Suponiendo que este argumento tenga algun valor, podrá probar, cuando mas, que habrá una prolongacion, mas ó ménos grande, de la vida humana despues de la muerte. Por que una vez que las almas serian convenientemente recompensadas ó castigadas, nada impediria que volvieran á la nada. Pero si se mira mas de cerca, este argumento no tiene fondo alguno y es inútil completamente. En efecto, ¿la virtud no lleva en sí misma la recompensa y el vicio su castigo? ¿Nó seria digno del hombre colocar por encima de todo la piedad y la grandeza de alma aun cuando se hallara convencido de que su alma no es inmortal? ¿No es precisamente lo que constituye la virtud el hecho de obrar, no diremos sin la mira de hacer algun bien, esto es imposible, pero sin esperar recompensa alguna, sino es aquella que necesariamente proporciona el ejercicio

de la misma virtud? No son sino los ignorantes y los malvados quienes creen que la verdadera libertad consiste en poder abandonarse á sus pasiones, y que miran la vida racional y moral como una penosa esclavitud, la obediencia á las leyes divinas como un pesado yugo del cual una retribucion futura debe compensar los dolores. A los ojos del sabio ninguno hay de entre los hombres nobles y verdaderamente grandes que no sea ya en la Tierra mas dichoso y mas digno de envidia que el mas poderoso de entre los malvados."

Estamos de acuerdo con Strauss sobre un punto. El alma tiene su lado divino que tiende á la perfeccion, y no hay otra perfeccion para ella que el cumplimiento del deber, por el deber. Sustituir á estas tendencias que constituyen realmente la grandeza del hombre el cebo de las recompensas futuras, es recaer en la doctrina del interés bien entendido: la virtud no seria entónces mas que un hábil cálculo.

Sin embargo, creemos que si, en teoría, y para la inteligencia, es necesario mantener este principio del deber por el deber, semejante austeridad es casi imposible en la práctica. Si, en rigor, la argumentacion de Strauss vale alguna cosa en este respecto, no tiene influencia alguna sobre el verdadero motivo de la prueba moral de nuestra inmortalidad. Este motivo, en efecto, se toma de la justicia del legislador supremo que no ha debido dejar sin ninguna sancion la ley que ha promulgado. Pero se ha visto por lo que precede, que Strauss no dice una palabra mas, y no debió decirla supuesto que no admite Dios personal en el sentido

eminente de esta expresion. La crítica de Strauss, muy lógica en su doctrina, no tiene valor contra la nuestra, y la prueba moral subsiste para nosotros en toda su fuerza.

Abandonamos á Strauss la prueba metafísica; diremos brevemente la razon. Este argumento se formula así:

"El alma es inmaterial y simple, luego no puede descomponerse en partes, luego es inmortal." Es cierto que no creemos con Strauss, que la falsedad de la distincion ordinaria entre el alma y el cuerpo esté demostrada. Nosotros no creemos, sino que las individualidades humanas no son mas que formas pasajeras de una sola y misma sustancia, el absoluto. Lo que nos impide acordar un gran valor á esta prueba es que establece bien la persistencia del principio pensante en nosotros, pero no el de la conciencia y el de la identidad personal. De que el alma es indisoluble, se puede concluir perfectamente su supervivencia al cuerpo mortal; pero ¿quién nos negará el recuerdo de sus modificaciones terrestres, y que el hombre, en la vida futura, sea el mismo sér, y guarde, en una palabra, su individualidad? Porque esto es necesario á la sancion de la ley moral. En efecto, no es castigado ó recompensado quien en un punto cualquiera, aun retardado por las necesidades de la prueba; en la sucesion de sus transmigraciones ignora por qué es castigado ó recompensado. Con todo eso conservamos alguna cosa de este argumento que reputamos verdadero, porque, á nuestros ojos, prueba la posibilidad de la inmortalidad personal.

Para dar una idea del verdadero pensamiento de Strauss sobre la cuestion, vamos á citar un pasaje de su *Dogmática*, notable al ménos por la exactitud y la franqueza, cualidades muy raras en un discípulo de Hegel.

"No hay, dice, como lo ha probado la expeculacion moderna, mas que una sola y única sustancia: el absoluto. Los individuos no son mas que las formas perecederas y cambiantes de éste. Nacen, mueren y siempre otros individuos vienen á reemplazar á aquellos que han dejado de existir. Este movimiento es el que hace la vida del absoluto. Las fuerzas, los talentos del individuo son limitados y finitos; estos límites son precisamente los que constituyen la individualidad. Las facultades de la especie, de la raza, ó mejor dicho las del universo, son las únicas imperecederas. Cuando despues de haber sobrepujado al apogeo de la vida, nos inclinamos á la vejez y sus enfermedades, el alma declina con el cuerpo, del cual no és mas que la vida, el centro en que vive la idea [*Entéléquio de Aristóteles*]. Los individuos cuya vida está consumida, son reemplazados por formas nuevas de la vida absoluta, que, si no son perfectas, son al ménos mas vivas y mas frescas siempre. La verdadera inmortalidad no consiste, pues, en un progreso eterno hácia un fin que no puede ser obtenido. En vano seria que buscásemos el infinito fuera de nosotros; es necesario tomarlo en nosotros mismos. Es necesario cambiar la línea recta de un desarrollo sin límites y sin resultados en una circunferencia perfecta en sí misma. La inmortalidad no debe estar colocada en el porvenir; esta es una cualidad presente en el Espíritu, la potencia que tiene para elevarse encima de todo lo que es finito y de alcanzar á la idea. Se expresan mal, aunque por otra parte están en el buen camino aquellos que parece hacen consistir la inmortalidad en la gloria y en las buenas obras que nos sobreviven, en la reproduccion de nosotros mismos por la familia, en el movimiento eterno del absoluto de donde salen siempre individualidades nuevas. La eternidad que consiste en la gloria y en la continuacion de una influencia saludable, no es mas que una sombra de este goce del infinito que procura á un hombre eminente durante su vida, su actividad dirigida hácia el bien supremo y la verdad eterna. Del mismo modo la duracion de la raza no es mas que una sombra del goce que habria dado al hombre, durante su vida, el amor de la familia. En fin, la metamórfosis continua del universo no es idéntica á la inmortalidad, sino en tanto que es reconocida, de suerte que la inmortalidad se encuentra siempre trasportada del porvenir al presente, del exterior á nosotros mismos. Llegar á sér, enmedio de todo lo que es limitado, uno con el infinito; sér eterno en cada momento, he aquí la verdadera inmortalidad. La afirmacion absoluta del bien, he ahí la bienaventuranza eterna.

Así pues, queda entendido, una vaga inmortalidad que no merece este nombre, he aquí lo que nos espera en el porvenir; en el presente es donde debe realizarse. Mr. Michelet, de Berlin, emite una opinion poco mas ó ménos idéntica sobre la cuestion que nos ocupa.

Escribe, en efecto, lo que sigue en su crítica de la excelente obra de M. Bartholmess sobre las doctrinas religiosas [*Revista filosófica y religiosa*, 1.° *de marzo de* 1856]:

"Esforzándose el individuo en trabajar por su parte, en la realizacion de la inteligencia eterna, es tanto mas eterno él mismo, cuanto mas se identifica con esta sustancia absoluta del universo, y que vive en el todo. Nosotros vivimos en las buenas acciones que hemos hecho y que han contribuido á hacer progresar á la humanidad haciéndola mejor. Vivimos en las verdades que hemos proclamado en alta voz sin temor de los hombres; que hemos conquistado para las razas futuras, que tiene la mision de traducirlas en hechos. Las ideas de Aristóteles y las obras de Rafael viven aún y resucitan continuamente en las de quienes las imitan, y que su ejemplo ha formado. La verdadera inmortalidad es la grande emigracion de las almas, la Vida eterna del Espíritu absoluto."

Para refutar esta desesperante doctrina, partimos de la conciencia humana; en esto serémos fieles á nuestro método. Reasumamos los argumentos por los cuales un autor moderno ha combatido últimamente, segun nuestra opinion, esta parte de la *Dogmática* de Strauss [1] Lo que constituye la naturaleza humana ¿nó es la tendencia hácia el absoluto, hácia el infinito? ¿Nó encuentra cada uno en sus afecciones, en sus deseos, en

1 *Ensayo sobre las opiniones de Strauss* en la *Revista Europea* por Cárlos Buob, *passim*.

sus esfuerzos mas íntimos, la demostracion de esta verdad? Y ¿cuál es el resultado inmediato é incontestable con relacion á la idea de la inmortalidad? ¿Cómo un sér finito por su naturaleza puede alcanzar su fin, el infinito? Esta identificacion es contraria á nuestra naturaleza de séres finitos. Nuestros deseos no pueden, pues, ser satisfechos sino en un progreso sin término, que nos aproxime sin cesar al fin á que aspiramos. Un sér finito que aspira al infinito no puede tener mas que una vida eterna.

A pesar de las dudas que el hecho misterioso de la muerte engendra todos los dias, hay algo en nosotrso que nos promete la continuacion de esta vida en el porvenir mas lejano, y nos la representa mas y mas bella y resplandeciente. Creemos que nuestra actividad por lo bello, lo verdadero y el bien, es tan perpétuo como nuestros deseos son vastos y profundos. Precisamente porque nos es imposible realizar jamas completamente el infinito en un momento dado, y que sin embargo, tenemos el natural deseo de él, nó nos queda mas, para responder á este deseo en tanto que nuestra naturaleza lo soporte, que aproximarnos eternamente al infinito, y á realizarlo así en el conjunto de una carrera sin límites. M. Julio Simon en su hermoso libro *Del deber* ha escrito magníficas páginas, que citamos en compendio y que responden de una manera victoriosa á los sofismas del filósofo aleman.

"¿Quién se atreverá á decir que el absoluto, que la perfeccion no exista, ó que el mundo mismo sea la perfeccion exacta? nosotros que la conocemos, nosotros

debemos pertenecerle. Cuando los gusanos se apoderen de nuestro cuerpo, nuestra alma se lanzará hácia este Dios que ha entrevisto, que ha soñado, cuya existencia ha demostrado, por el cual ha pensado, por el cual ha amado: de ese Dios que llena nuestra vida con su existencia, y que no nos ha dado el pensamiento y el amor para que entregásemos estos tesoros á la podredumbre y á la nada. ¡Oh Pascal! el universo no me puede aniquilar. Que pulverice mi cuerpo, pero mi alma quedará libre.

"Es necesario sondear por un momento la bondad de Dios; es necesario perderse aquí. ¿Puede Dios existir y que la desgracia y la injusticia, existan tambien? Si yo debo acabar con mi cuerpo ¿porqué me ha hecho Dios libre? ¿Porqué se me ha revelado en mí razon? ¿Porqué me ha dado un corazon que ningun amor humano puede satisfacer? Esta potencia, este pensamiento, este corazon ¿me han sido dados para mi desesperacion? ¡Ah! ¿qué es esta vida? una série de amargas decepciones, de amores puros traicionados, de entusiasmos de que al dia siguiente nos reimos, de luchas que con agotan, de desesperaciones que nos tuercen el corazon, de separaciones que nos hieren en nuestros sentimientos mas caros y sagrados! ¡Hé aquí la vida, si debemos perecer y hé aquí la Providencia!

"¡Perecer! ¡cómo! ¿nó habeis visto jamas en este mundo abatida la justicia? ¿Jamás ha triunfado el crímen? ¿nó ha habido criminales que han muerto en medio de sus triunfos en la embriaguez de sus deleites impíos? ¿nó ha bebido Sócrates la cicuta? ¿La historia misma es imparcial? La posteridad, esa sombra que el justo invoca ¿oirá su último grito? ¿Quién sostendria la opinion de que un inocente podria morir en el oprobio y en los suplicios, y que esta pobre alma no fuera recibida en el seno de Dios?

"¡Oh última palabra de la ciencia humana! ¡oh santa creencia! ¡oh dulce esperanza! ¿se podria sin vosotras soportarla? Una cadena indisoluble forma el conjunto de la libertad, la ley moral, la inmortalidad del alma y la providencia de Dios. No hay uno de estos dogmas que pueda perecer sin arrastrar en su ruina á los demas. Nosotros los abrazamos todos en nuestra fé y nuestro amor. No hay lugar á la duda en una alma honrada profundamente convencida de su inmortalidad. El dolor y la muerte pierden su aguijon cuando fijamos los ojos en este porvenir sin celajes. Hagamos nuestro papel de buen grado y no acusemos á la Providencia por pretendidos infortunios de que nos despojarémos con la máscara. Es, pues, nuestra alma la que sufre y la que muere? No, no, es el hombre exterior, el personaje. Nuestra vida está en Dios. No hay pensamiento real, sustancial, mas que en el Eterno. No hay mas accion verdadera que el cumplimiento del deber. El deber solo es verdad; el mal es nada. Hombre, ¿de qué te quejas? ¿De la lucha? ella es la condicion de la victoria. ¿De una injusticia? ¿qué es esto para un inmortal? ¿De la muerte? Es la libertad"

Hemos citado ya la opinion de los filósofos que piensan que se puede demostrar bien la supervivencia del alma, pero que relegan la de la persona al rango de

las probabilidades. Hemos hecho ver que el problema puesto así era un contrasentido ó una verdad digna cuando mas de M. de la Palisse. Que el alma sea inmortal, es lo que nadie niega de entre los filósofos que admiten la existencia del alma; lo esencial, lo importante que hay que saber es esto: Si el sér persiste en la vida futura, si se conserva la individualidad. La sancion de la ley moral se da á este precio y se exige imperiosamente. Se ha acostumbrado dividir en tres categorías las pruebas de nuestra inmortalidad.

1.° La prueba metafísica sacada de la unidad, y de la simplicidad del alma Antes hemos dicho por qué rechazamos esta prueba; y es que no se aplica á la sola dificultad del problema que es la salvacion de la persona, por lo que no nos ocuparém s de ella, sino en la parte que sirve para probar la supervivencia personal."

2.° La prueba psicológica sacada de las facultades del alma, que parecen á la mayor parte no tener objeto en nuestro mundo.

3.° La prueba moral dada por la necesidad de una sancion de la bondad y la justicia divinas.

Nosotros concedemos un gran valor á estas últimas pruebas.

¿Cómo podria ser que miéntras todas las criaturas han recibido en la Tierra instintos conformes á su destino, y no traspasan jamas el límite de la posicion asignada á cada uno en la armonía del mundo, el hombre solo en el universo, tuviese deseos é instintos que

jamas deberian ser satisfechos? ¿Porqué esta anomalía respecto del sér mas noble de la Tierra y á quien se le ha concedido el imperio de ella? El fin de la creacion es el progreso de cada uno; la libertad debe dirigirse mas y mas hácia las perfecciones del tipo divino. Lo que hay de mas claro y mejor en este género para el desarrollo de la prueba moral son las páginas escritas por M. Damiron en su *Historia de la filosofía del siglo XIX*, de que vamos á presentar algunos estractos.

M. Damiron habla de un hombre virtuoso sacrificándose oscuramente ó haciéndolo con escándalo. Por un último acto de su voluntad libre, habrá dado su vida por su familia, su pais ó la humanidad, y mas allá ¡nada habrá para él, habrá perdido todo sentimiento, toda moralidad, todo medio de satisfacer el deseo de hacerse mejor! ¡no habrá avanzado, sino para caer, caer en la nada, el que tenia á su vista una tal perspectiva de perfeccionamiento, y así le será rehusado perseguir un bien mayor? Será detenido en su vuelo y forzado á concluir, por un Dios que no querria que llegase á ser mas perfecto! ¡terrible envidia de un Dios que mandaria é impediria la obediencia! ¡que impondria una ley é impediria el cumplimiento de ella! y ¿cuál seria, pues, la idea del Creador para oponerse á que su criatura se hiciese lo mejor que pudiera, y trabajase sin descanso en su mayor purificacion? O negais á Dios y con El el órden, la razon y la justicia, ó admitis que el alma humana no tiene por destino dejar de existir en el momento mismo en que ha hecho

lo mas, ó se dispone á hacerlo, para levantar su naturaleza.

Qué, si el hombre, al contrario, desconociendo su ley, infiel al deber que ha comprendido, pero olvidado y violado libremente, ha tenido una vida mala y culpable hasta el fin; si muere sin arrepentirse, y mas bien en el escandaloso y cuotidiano acrecentamiento del vicio y de la corrupcion, viejo pecador endurecido ¿todo ha acabado para él en el acto de poner el pié en la tumba? ¿Nó habrá necesitado mas que tocar el término de sus crímenes y de su carrera, para escapar á toda justicia y á toda legítima expiacion? ¿Dónde estarian el órden moral, la armonía natural que concebimos entre el demérito y la pena, entre el mérito y la recompensa? Puede explicarse cómo en la tierra esta armonía falta algunas veces, la sabiduría de los hombres es débil y sujeta al error; no tiene siempre la voluntad ó el poder de esa equidad concienzuda y escrutadora que es el atributo de un sér perfecto. Pero en la Providencia celeste, el principio de todo órden, el ideal de todo bien, suponer que peca dejando sin castigo el mal, esto es concedérselo todo para negárselo todo; es hacer de El un Dios que no vale más que nosotros; porque, no lo olvidemos, castigar, castigar bien es decir, hacer sufrir, no por cólera ó resentimiento, sino por razon y por amor, con el fin de conducir al bien y no de atormentar, es un acto de alta piedad, una virtud verdaderamente divina. Al contrario, la impunidad perpétua, el abandono del culpable en su funesta impenitencia, la ausencia de todo cuidado para qui-

tarlo del mal serian una marca de abandono y de una monstruosa indiferencia, seria perderlo en la nada, en lugar de abrirle por la expiacion un porvenir de bien y de felicidad.

La vida humana es una prueba. Cuando esta prueba no ha sido satisfactoria, ¿qué consecuencia debe tener?

Hé aquí una criatura que tenia su trabajo que hacer: por su falta no lo ha hecho ó lo ha hecho mal; ¿qué seria mejor, en el órden de las cosas, para la belleza de esta vida y la perfeccion de la potencia que preside al universo; que esta criatura degradada se extinguiese sin remision y se desvaneciese en el seno del sér marcado aún con las manchas de sus pecados, ó que guardando el sentimiento y persistiendo en su persona, tuviera, despues de esta vida, otra nueva destinada á la reparacion y á la expiacion? Racionalmente hablando, ¿qué valdria mas, no someterla mas que á una sola prueba que puede muy bien ser mal comprendida como en el caso que examinamos, ó hacerla acomodarse á muchas entre las cuales, una, en fin, aceptada como debe ser, salvara á una alma, que sin ella le habria perdido sin remedio? ¿Sucederia esto, pues, en el momento en que despues de tantos dias llenos de faltas tendria tan grande necesidad de volver á contar con el tiempo, debiendo para conseguirlo, ó tener suerte para esto, ó que la fortuna le faltara, y que la eternidad no le sirviese de nada? ¿Dónde estaria para Dios la gloria, dónde estaria la sabiduría, para herir con la nada, despues de algunos años, á un sér que sin duda